

XXXI.

Despierta mi alma herida:
con el fuego de otra vida
siento arder la inspiración;
pues la reina de las flores
ya me brinda en sus primores
el delirio, la pasión.

Sin embargo, busco tropos
en la escarcha y en los copos
de la nieve, que al partir
se llevara por extraños
los primeros desengaños
que nacieran al morir.

Mas la reina de las flores
ya me brinda sus primores
para que haga el trovador
en la cítara suprema.....
las canciones ó el poema
de aquel beso del dolor.

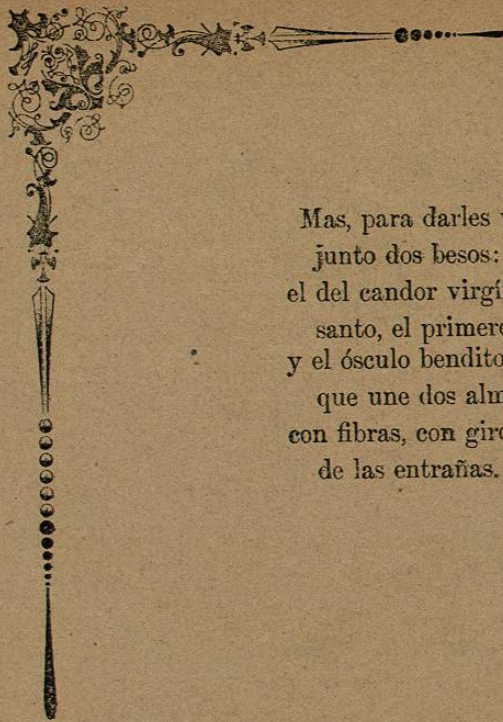


XXXII.

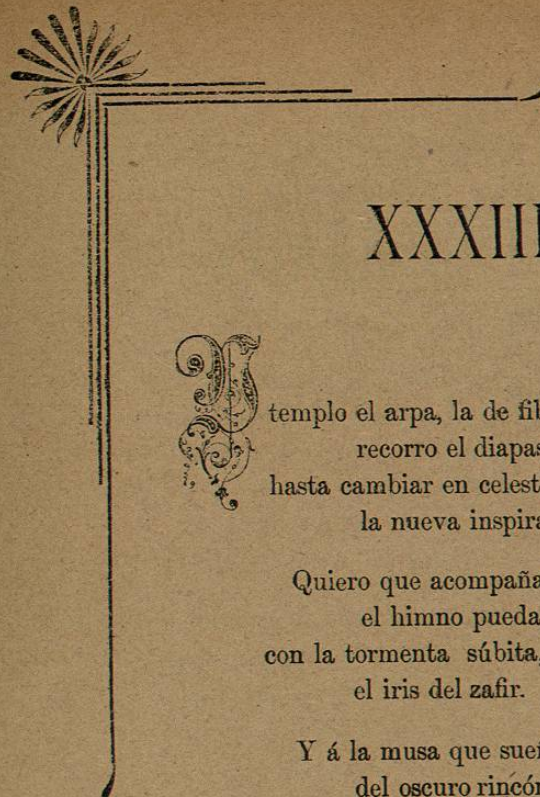
Para formar los ritmos
de mis estrofas
del cierzo y los terrales
tomo las notas;
del zenzontle fogoso
que alegre canta;
del cárabo aterido
que triste grazna.

Para darles colores
tengo pinceles
que mojo en los brillantes
amos de nieve,
y en la tinta purpúrea,
de viva grana,
que proyecta el Oriente
después del alba.

Para darles perfumes,
juntar consigo
un ramo de azahares,
otro de lirios;
en búcaros fragantes
blancas violetas
entre flores y lazos
de madre selva.



Mas, para darles vida
junto dos besos:
el del candor virgíneo,
santo, el primero,
y el ósculo bendito
que une dos almas
con fibras, con girones
de las entrañas.



XXXIII.

Stemplo el arpa, la de fibras rotas;
recorro el diapasón,
hasta cambiar en celestiales notas
la nueva inspiración.

Quiero que acompañado con la endecha
el himno pueda ir;
con la tormenta súbita, deshecha,
el iris del zafir.

Y á la musa que sueña entre la calma
del oscuro rincón,
ésto lleva—le digo—ésto.....su alma.
Esto.....mi corazón.



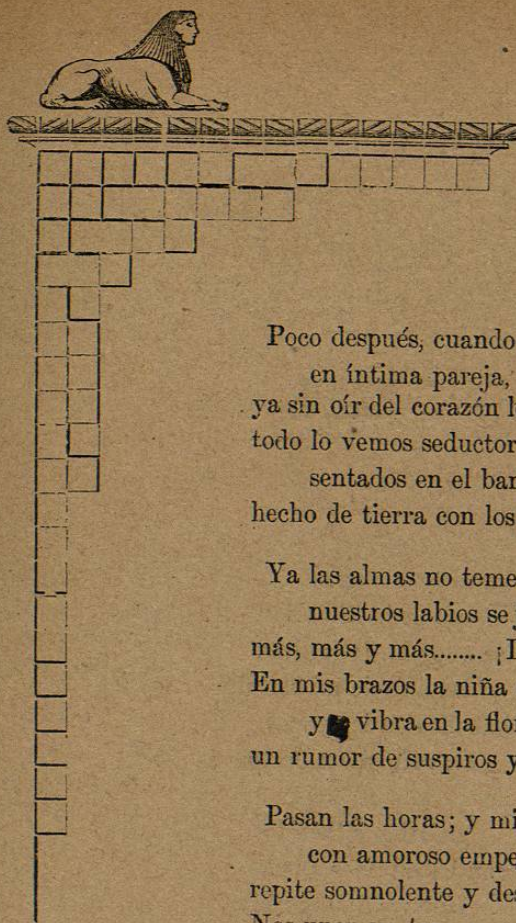
XXXIV.

Qué bello está el pensil! Mi alma despierta.
—Ven, vamos á la huerta—
dice la encarnación de mis amores.
—Allí bajo las frondas yo te aguardo,
y tú después, mi bardo,
el cantor de mi cielo y de mis flores.

Llevo tus himnos en el alma impresos;
ven, con ardientes besos
premiaré la ternura del poeta,
y sólo, con el cielo por testigo,
escucharás conmigo
la dulce voz de la pasión secreta.

Del hogar á hurtadillas nos marchamos;
hacia la huerta vamos
como en busca de flóruas ó nidos;
pero allí, tras las ramas y corolas,
á solas, muy á solas,
permanecemos juntos y escondidos.

Si escuchamos rumor en la espesura,
yo abarco la cintura
de la virgen, con ansias y temores
unimos dulcemente nuestras manos,
y como dos hermanos
recorremos los anchos andadores.



Poco después, cuando el rumor se aleja,
en íntima pareja,
ya sin oír del corazón los choques,
todo lo vemos seductor y franco,
sentados en el banco
hecho de tierra con los grises bloques.

Ya las almas no temen ni barruntan;
nuestros labios se juntan.....
más, más y más..... ¡Divinos embelesos!
En mis brazos la niña se recuesta
y vibra en la floresta
un rumor de suspiros y de besos.

Pasan las horas; y mi dulce dueño
con amoroso empeño
repite somnolente y desmayada—
Nos unen ya tan amorosos lazos—
Se reclina en mis brazos,
y se queda otra vez aletargada.

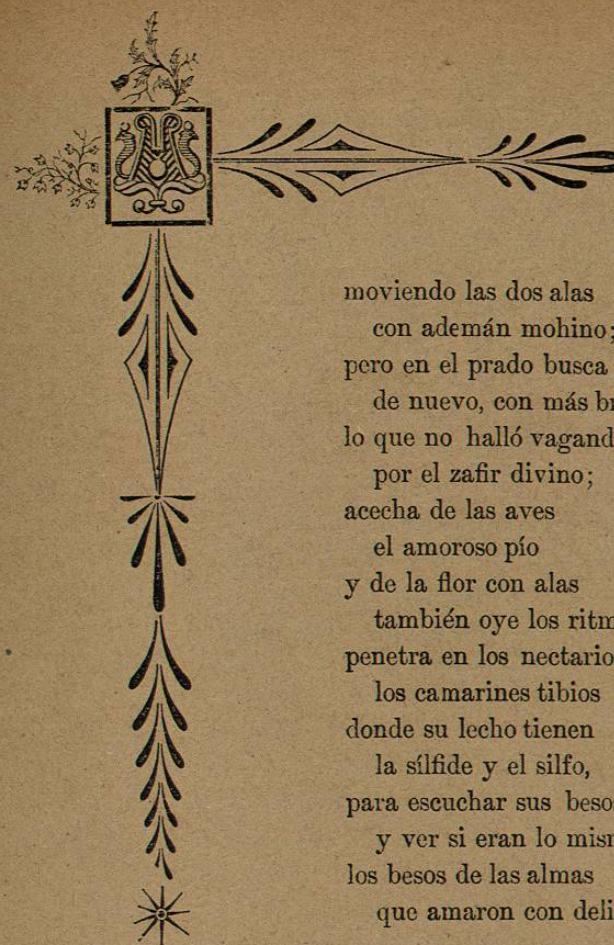
Quiero pulsar las cuerdas de mi lira,
porque mi alma se inspira
con su amor inmortal, puro y bendito;
mi cuerpo siente celestial desmayo
y mi alma como un rayo
penetra en el azul del infinito.



XXXV.

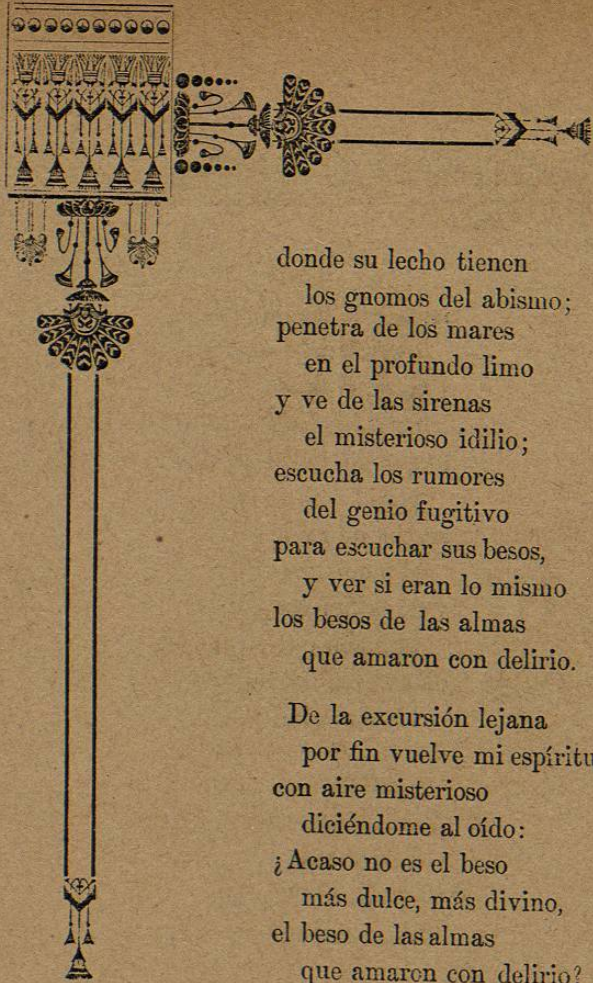
Por el zafir vagando,
con poderoso brío
se pliegan y se agitan
las alas de mi espíritu
bañadas en las ondas
de refulgente brillo,
llevando cual plumiones
en orlas adheridos
con los efluvios áureos
efluvios diamantinos;
y sigue.....vuela.....busca
con ansiedad mi espíritu,
las huestes de querubes,
los ángeles divinos
para escuchar sus besos
y ver si eran lo mismo
los besos de las almas
que adoran con delirio.

Y baja del espacio
mi fatigado espíritu



moviendo las dos alas
con ademán mohino;
pero en el prado busca
de nuevo, con más brío
lo que no halló vagando
por el zafir divino;
acecha de las aves
el amoroso pío
y de la flor con alas
también oye los ritmos;
penetra en los nectarios,
los camarines tibios
donde su lecho tienen
la sílfide y el silfo,
para escuchar sus besos
y ver si eran lo mismo
los besos de las almas
que amaron con delirio.

Y de la selva huyendo
con ansiedad mi espíritu,
sin encontrar lo que ama,
llorando como un niño,
¡ay! del terrestre globo
penetra en el abismo;
recorre los alcázares
con ópalos contruidos,
con ricas esmeraldas,
diamantes y zafiros



donde su lecho tienen
los gnomos del abismo;
penetra de los mares
en el profundo limo
y ve de las sirenas
el misterioso idilio;
escucha los rumores
del genio fugitivo
para escuchar sus besos,
y ver si eran lo mismo
los besos de las almas
que amaron con delirio.

De la excursión lejana
por fin vuelve mi espíritu
con aire misterioso
diciéndome al oído:
¿Acaso no es el beso
más dulce, más divino,
el beso de las almas
que amaron con delirio?



XXXVI.

Pero la voz importuna
del reclamo repentino
turba el éxtasis divino
que nuestras almas aduna.

Nos llaman á la guarida.
¿Por qué nos llaman? Preciso
es dejar el paraíso
por la prosa de la vida.





XXXVII.

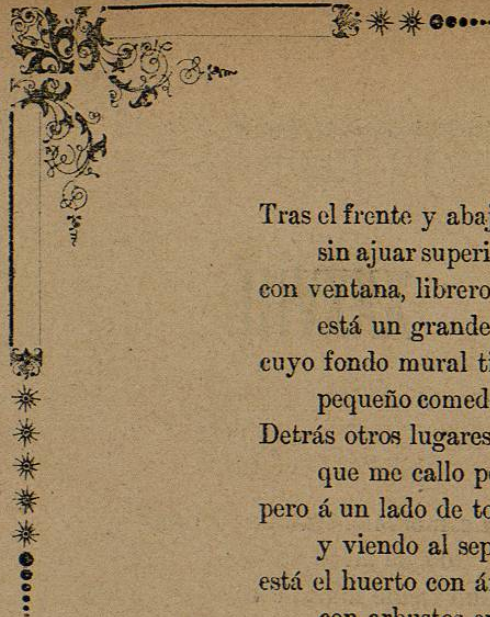
Con el fardo precioso
de mi ventura
llego á mi estancia triste,
triste y oscura.
¡Cuán sola! Pero en ella
la musa exclama:
es preciso que cantes,
la niña te ama.
Y templo nuevamente
mi tosca lira,
pues el oscuro numen,
el que me inspira,
de la tierra, del cielo,
del paraíso,
el amor hecho cantos
mandarme quiso.
Y sueño con la gloria.....
ya en lontananza
la miro.....con el ángel
de mi esperanza;
y sueño con mi niña
cándida y pura;
pero ¡ay! sigue mi choza
triste y oscura.



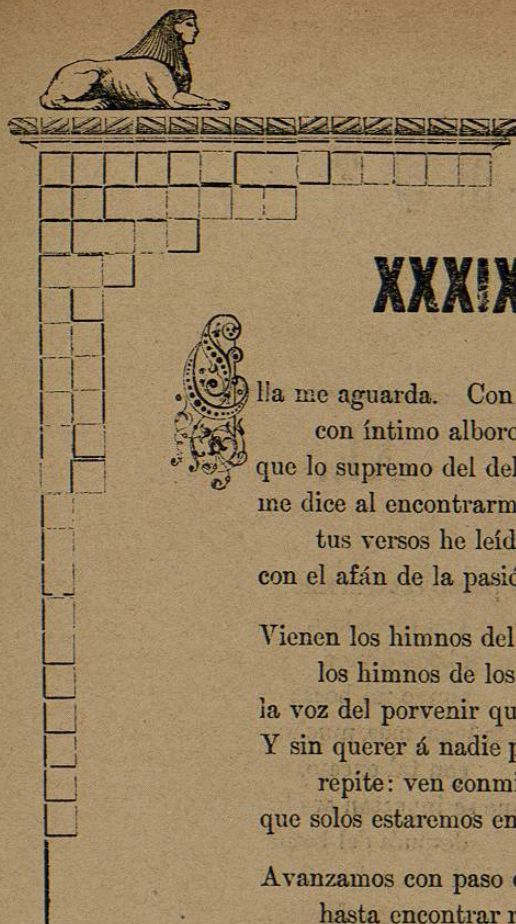
XXXVIII.

Un conservo el trasunto del asilo
donde mi fe nació:
es un frente mural con dos ventanas;
en el centro un portón
conduce al patio, grande, cuadrilongo
donde penetra el sol;
el fondo del gran patio, lo remata
un viejo portalón
que tiene tras el muro dos estanques,
casi juntos los dos.

Tras el frente y arriba, en primer término,
está el recibidor
con ventana, menaje, colgaduras,
un piano en un rincón;
el piano tras ropaje damasquino
conserva el facistol
donde duermen las notas que despiertan
al beso del amor.
De la sala, en el fondo, las alcobas
en triple sucesión
cobijan varios lechos, donde hay uno
que vela el mismo Dios.



Tras el frente y abajo, al otro término,
sin ajuar superior,
con ventana, librero y escritorio
está un grande salón
cuyo fondo mural tiene al respaldo
pequeño comedor.
Detrás otros lugares accesorios
que me callo por hoy;
pero á un lado de todo este conjunto
y viendo al septentrión,
está el huerto con árboles y vides,
con arbustos en flor,
con sembrados, acequias, andadores,
bancos rústicos..... Hoy
todo lo cerca la pared en ruinas
del pardo murallón.



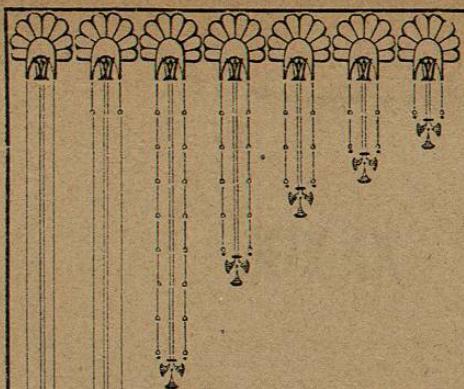
XXXIX.

¡Ella me aguarda. Con profundo gozo,
con íntimo alborozo
que lo supremo del delirio toca,
me dice al encontrarme y al oído:
tus versos he leído
con el afán de la pasión más loca.

Vienen los himnos del amor impresos,
los himnos de los besos,
la voz del porvenir que nos despierta.—
Y sin querer á nadie por testigo,
repite: ven conmigo
que solos estaremos en la huerta.

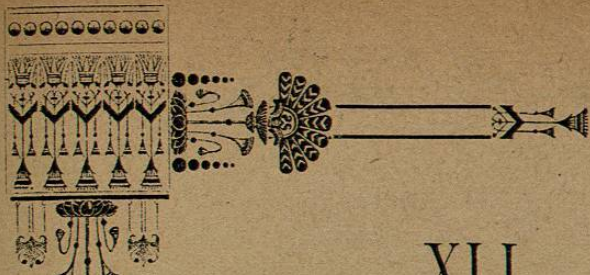
Avanzamos con paso cauteloso
hasta encontrar reposo
de la huerta en los últimos retiros.
Allí los versos líricos recita
con esa vocecita
que remeda murmurios y suspiros.

Yo la escucho, la escucho entusiasmado;
y comprendo extasiado
que versos viles cuando son leídos
por quien nos brinda su amoroso anhelo,
nos parecen del cielo
cantos, besos, plegarias y gemidos.



XL.

No puedo contenerme:
con ansia loca
en su boca divina
pongo mi boca;
y la beso, más, mucho,
con tal exceso,
que se inyectan sus labios
después del beso;
cual si amapolas vivas
de sangre fueran,
como si á cada beso
sangre vertieran.....
Y le digo al mostrarle
mi ansia secreta:
si mis versos recitas
yo soy poeta.



XLI.

Vamos—me dice—que los rumores
de mis verjeles, tendrán primores
para los himnos de tu laúd.—
Sí—le contesto—Se unen las manos
al ir tan juntos cual dos hermanos
que ata con flores la juventud.

De mariposa tras mariposa,
de rama en rama, de rosa en rosa,
de seto en seto, de flor en flor;
y de la driada tras de la ninfa,
de perla en perla, de linfa en linfa,
vamos oyendo ritmos de amor.

Junta colores en tu paleta—
dice la niña—Vamos, poeta,
coge las reinas de mi rosal.—
Cogiendo vamos las amapolas,
lirios, violetas, las mil corolas
que son el iris del florestal.

¿Por qué no apuras el viaje tardo?—
dice la niña—Vamos, mi bardo,
si hay más colores en mi verjel—
Del sol tomamos las lluvias de oro,
con la esmeralda del sicomoro,
con los matices del mirabel.